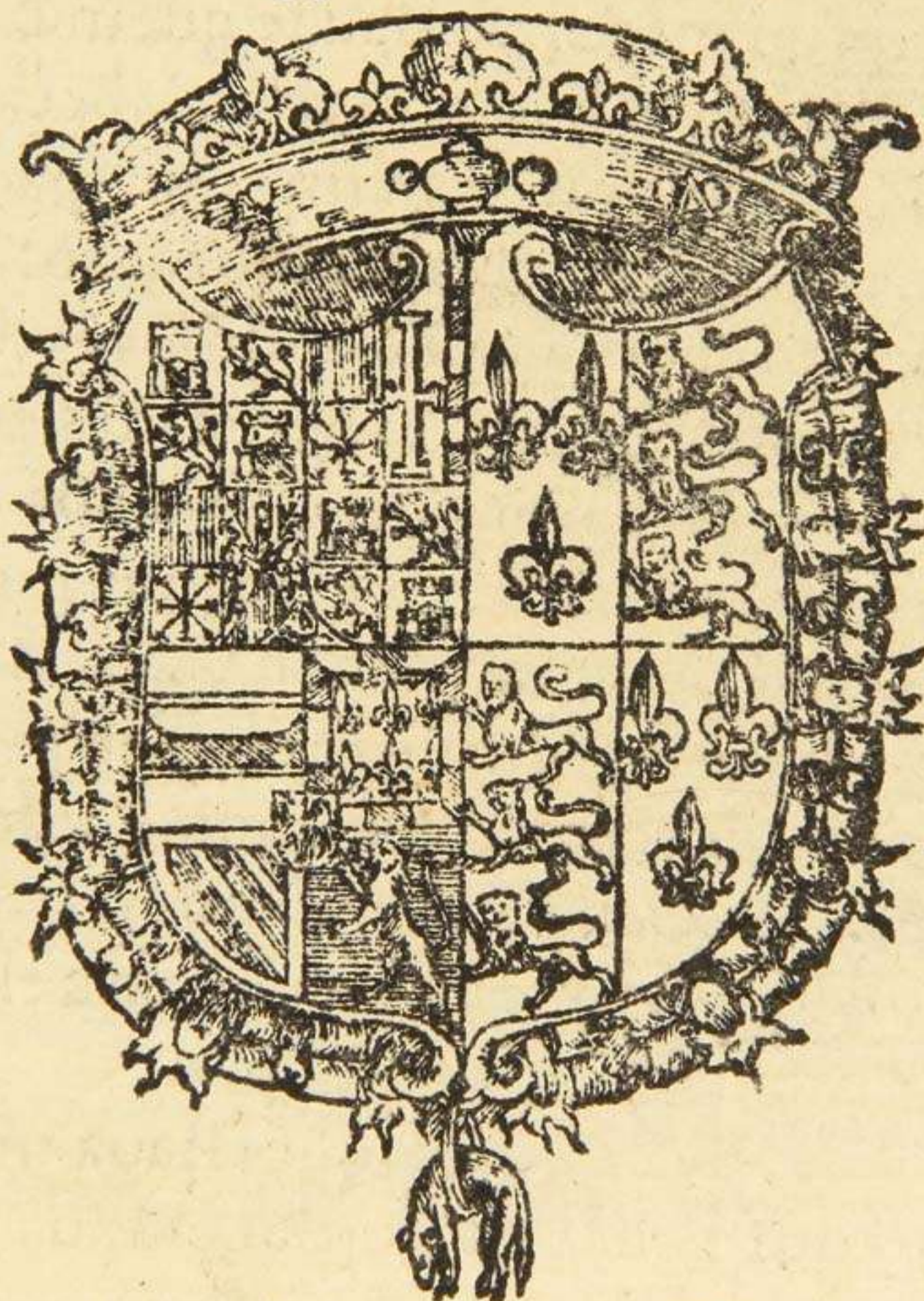


❧ El Abencerraje ❧

De Antonio de Villegas, Dirigi
do ala Magestad Real del Rey Don
Phelippe, nuestro señor.



Año de M. D. LXU.



STE Es vn viuo retrato de virtud, liberalidad, esfuerço, gentileza y lealtad, compuesto de Rodrigo de Naruaez, y el Abencerraje, y Xarifa, lu padre, y el rey de Granada qual, aunque los dos formaron y dibuxaron todo el cuerpo, los de mas no dexarõ de ilustrar la tabla, y dar algunos rasguños en ella. Y como el precioso diamãte engastado en oro, o en plata, o en plomo, siempre tiene su justo y cierto valor, por los quilates de su oriente: assi la virtud en qualquier dañado sujeto que asiente, resplãdesce y inuestra sus accidẽtes: bien que la esencia y efecto de ella es como el grano que cayendo en buena tierra se acrecienta, y en la mala se perdio.



Dize el cuento, que en tiempo del infante don Fernando, que gano a Antequera, fue vn cauallero que se llamo Rodrigo de Narvaez, notable en virtud, y hechos de armas. Este peleando contra moros hizo cosas de mucho esfuerço: y particularmente en aquella empresa, y guerra de Antequera hizo hechos dignos de perpetua memoria: sino que esta nuestra España tiene en ran poco el esfuerço (por ser le tan natural y ordinario) q̄ le parece, que quãto se puede hazer es poco: no como aquellos Romanos, y Griegos, que al hombre que se auẽturaua a morir vna vez en toda la vida. le hazian en sus escriptos immortal, y le trasladauã en las estrellas. Hizo pues este cauallero tãto en ser uicio de su ley, y de su Rey, que despues de ganada la villa, le hizo alcayde d' ella: para que

pues auia sido tanta parte en ganallado fue-
se en defendella. Hizo le tambien alcayde de
Alora, de fuerte q̄ tenia a cargo ambas fuer-
ças, repartiendo el tiempo en ambas partes,
y acudiendo siempre a la mayor necesidad.
Lo mas ordinario residia en Alora, y allite-
nia cinquenta escuderos hijos dalgo a los ga-
ges del Rey, para la defenfa y seguridad de la
fuerça: y este numero nũca faltaua, como los
inmortales del rey Dario, que en muriẽdo
vno, ponian otro en su lugar. Tenian todos
ellos tanta tee y fuerça en la virtud de su Ca-
pitan, que ninguna empresa se les hazia difi-
cil: y asì no dexauan de ofender a sus enemi-
gos, y defenderse dellos, y en todas las esca-
ramuças que entrauan salian vencedores;
en lo qual ganauan honra y prouecho, de
que andauan siempre ricos. Pues vnanoche
acabando de cenar, que hazia el tiempo
muy fossegado, el alcayde dixo a todos ellos
estas palabras.

Parece me hijos dalgo (señores y hermanos míos) que ninguna cosa despierta tanto los coraçones de los hombres, como el continuo exercicio de las armas: porque con el se cobra experiencia en las proprias, y se pierde miedo alas agenas. Y desto no ay para que yo traya testigos de fuera: porque vosotros soys verdaderos testimonios. Digo esto, porque han pasado muchos dias que no hemos hecho cosa que nuestros nombres acreciere, y seria dar yo mala cuenta de mi y de mi oficio, si teniendo a cargo tan virtuosa gente y valiente compañia dexasse passar el tiempo en balde. Parece me (si os parece) pues la claridad y seguridad de la noche nos combida, que sera bien dar a entender a nuestros enemigos, que los valedores de Alora no duermen. Yo os he dicho mi voluntad, haga se lo que os pareciere. Ellos respondieron, que ordenasse, que todos le seguirian. Y nombrando nueve dellos, los hizo armar: y siendo ar-

mados, salieron por vna puerta falsa que la fortaleza tenia, por no ser sentidos: porque la fortaleza quedasse a buen recado. Y yēdo por su camino adelante; hallarō otro que se diuidia en dos. El alcayde les dixo, Ya podria ser, que yendo todos por este camino, se nos fuesse la caça por este otro. Vosotros cinco os yd por el vno, yo con estos quatro me yre por el otro: y si acaso los vnos toparen enemigos que no basten a vécer, toque vno su cuerno, y a la señal acudirā los otros en su ayuda. Yendo los cinco escuderos por su camino adelante, hablando en diueras cosas el vno d'ellos dixo. Teneos cōpañeros, q̄ o yo me engaño, o viene gente. Y metiēdole entre vna arboleda, que junto al camino se hazia, oyeron ruydo. Y mirando con mas atēcion, vieron venir por dode ellos y uan vn gentil mozo en vn cauallo ruano: el era grande de cuerpo, y hermoso de rostro, y parescia muy bien a cauallo Traya vestida vna marlota de car-

mesi, y vn albornoz de damasco d' el mismo color, todo bordado de oro y plata. Traya el braço derecho regaçado y labrada en el vna hermosa dama, y en la mano vna gruella y hermosa lança de dos hierros. Traya vna darga y cimitarra, y en la cabeça vna toca tunezi, que dando le muchas bueltas por ella, le seruia de hermosura y defensa de su persona. En este habito venia el moro, mostrando gentil continente: y cantando vn câtar que el compuso en la dulce membrança de sus amores, que dezia.

N Ascido en Granada,
criado en Cartama:
enamorado en Coyn,
frontero de Alora.

A Vnque ala musica faltaua el arte, no faltaua al moro contentamiento: y como traya el coraçon enamorado, a todo lo que

dezia daua buena gracia. Los escuderos tra-
portados en ver le, erraron poco de dexar le
passar, hasta que dieron sobre el. El viendose
salteado, con animo gētil boluio por si, y estu-
uo por verlo que harian. Luego de los cinco
escuderos los quatro se apartaron, y el vno le
acometio: mas como el moro sabia mas de
aquel menester, de vna lançada dio con el y
cō su cauallo en el suelo. Visto esto de los qua-
tro que quedauā los tres le acometieron, pa-
resciendoles muy fuerte: de manera que ya
contra el moro eran tres Christianos, que ca-
da vno bastaua para diez moros, y todos jun-
tos no podian con este solo. Alli se vio en grā
peligro: porque se le quebro la lança, y los e-
scuderos le dau i mucha priessa: mas fingien-
do que huya, puso las piernas a su cauallo, y
arremetio al escudero que derribara: y co-
mo una aue se colgo de la silla, y le tomo su lā-
ça, con la qual boluio a hazer rostro a sus ene-
migos, que le yuan siguiēdo (pensando que
huya)

buya) y diole tan buena maña que a poco rato tenia de los tres los dos en el suelo. El otro que quedaua, viendo la necesidad de sus compañeros, toco el cuerno, y fue a ayudarlos. Aqui le trauo fuertemente la el caramuça: porque ellos estauan afrontados de ver q̄ vn cauallero les duraua tanto, y a el le yua mas q̄ la vida en defenderse dellos. A esta ora le dio vno de los dos escuderos vna lançada en vn muslo, que a no ser el golpe en lo slayo, se le paslara todo. El con rabia de verse herido, boluio por si: y diole vna lançada, que dio con el y con lu cauallo muy mal herido en tierra.

Rodrigo de Naruaez, barruntando la necesidad en que sus compañeros estauan, atrauello el camino, y como traya mejor cauallo le adelanto: y viendo la valentia del moro quedo espantado porq̄ de los cinco escuderos tenia los quatro en el suelo y el otro casi al mismo punto. Elle dixo. Moro vé

te a mi, y si tu me vences yo te asseguro de los de mas. Y començarõ a trauar braua escaramuça: mas como el alcayde venia de refresco, y el moro y su cauallo estauã heridos, daua le tãta priessa, q̃ no podia mātenerse: mas viẽdo q̃ en sola esta batalla le yua la vida y cõtentamiento, dio vna lançada a Rodrigo de Naruaez, que a no tomar el golpe en su darga, le huuiera muerto. El en rescibiẽdo el golpe, arremetio a el, y diole vna herida en el braço derecho, y cerrãdo luego con el, le trauo a braços: y sacando le de la silla, dio con el en el suelo. Y yendo sobre el, le dixo. Caballero, date por ṽcido, sino matar te he. Matar me bien podras, dixo el moro, q̃ en tu poder me tienes: mas no podra ṽcerme, sino quiẽ vna vez me vencio. El alcayde no paro en el mysterio con q̃ se deziã estas palabras, y vñdo en aquel punto de su acostũbrada virtud, le ayudo a leuantar porque de la herida que le dio el escudero en el muslo, y de la del bra-

ço, aunque no eran grandes, y del grã cansancio y cayda, quedo quebrantado: y tomãdo de los escuderos aparejo, le ligo las heridas. Y hecho esto, le hizo subir en vn cauallo de vn escudero, porque el suyo estaua herido: y boluieron el camino de Alora. Y yẽdo porel a delante hablando en la buena disposiciõ y valentia del moro, el dio vn grãde y profundo suspiro: y hablo algunas palabras en Algarauia, q̃ ninguno entendio. Rodrigo de Narvaez yua mirãdo su buen talle y dispuficion, acordauasele de lo q̃ le vio hazer: y pareciale que tã grã tristeza en animo tã fuerte no podia proceder de sola la causa q̃ alli parescia. Y por informarse del, le dixo. Cauallero, mirad que el prisionero que en la prisiõ pierde el animo, auentura el derecho de la libertad. Mirad q̃ en la guerra los caualleros hã de ganar y perder: porq̃ los mas de sus trãces estan subiectos ala fortuna: y parece flaqueza que quiẽ hasta aqui ha dado tã buena muestra de

fu el esfuerço, la de aora tan mala. Si sospirays del dolor de las llagas, a lugar vays do se reys bien curado? Sios duele la prision jornadas son de guerra a que estan sujetos quantos la siguen. Y si teneys otro dolor secreto fialde de mi, q̄ yo os prometo como hijo algo de hazer por remediarle lo q̄ en mi fuere. El moro leuando el rostro, que en el suelo tenia, le dixo Como os llamays cauallero que tanto sentimiento mostrays de mi mal. El le dixo, A mi llaman Rodrigo de Narvaez, soy Alcayde de Antequera y Alora. El moro tornando el semblante algo alegre, le dixo. Por cierto aora pierdo parte de mi queixa: pues ya que mi fortuna me fue aduersa, me puso en vuestras manos, que aunque nunca os vi, sino aora gran noticia tengo de v̄ra virtud y experiencia de v̄ro esfuerço: y por q̄ no os parezca q̄ el dolor de las heridas me haze sospirar y tãbiẽ por q̄ me parece, q̄ en vos cabe qualquier secreto, mandad

apartar vuestros escuderos, y hablaros he
dos palabras. El Alcayde los hizo apartar: y
quedando solos el moro arrancado vn gran
sospiro, le dixo.

Rodrigo de Narvaez, alcayde tan nom-
brado de Alora, esta atento alo que te di-
xere, y veras si bastan los casos de mi fortuna
a derribar vn coraçõ de vn hombre captiuo.
Amillaman Abindaraez el moço, a diferen-
cia de vn tio mio hermano de mi padre, que
tiede el mismo nombre. Soy de los Abencer-
rajes de Granada, de los quales muchas ve-
zes auras oydo dezir: y aunque me bastaua
la lastima presente, sin acordar las passadas,
toda via te quiero contar esto.

HVue en Granada vn linage de caualle-
ros, que llamauan los Abçcerraes, que
eran flor de todo aquel reyno: porque en gẽ-
tileza de sus personas, buena gracia, disposi-
cion, y gran esfuerço, hazian vètaja a todos
los de mas, eran muy estimados del rey y de

todos los caualleros, y muy amados y quistos de la gente comun. En todas las escaramuças que entrauan, salian vencedores: y en todos los regozijos de caualleria se señalauan. Ellos inuentauã las galas y los trages. De manera que se podia bien dezir, que en exercicio de paz y de guerra, erã regla y ley de todo el reyno. Dize se, que nunca huuo Abencerraje escasso, ni couarde, ni de mala disposicion. No se tenia por Abencerraje el que no seruia dama, ni se tenia por dama la que no tenia Abencerraje por seruidor. Qui lo la fortuna enemiga de su bien, que de esta excelencia cayessen de la manera que oyras: El Rey de Granada hizo a dos de estos Caualleros, los que mas valian, vn notable & injusto agrauio, mouido de falsa informacion, que contra ellos tuuo. Y qui lo se dezir (aunque yo no lo creo) que estos dos, y a su instancia otros diez, se conjuraron de matar al Rey: y diuidir el Reyno entre si,

vengando su injuria. Esta conjuracion, siendo verdadera, o falsa, fue descubierta: y por no escandalizar el Rey el reyno, que tanto los amaua, los hizo a todos vna noche degollar: porque a dilatarla injusticia, no fuera poderoso de hazella. Ofrescieron se al Rey grandes rescates por sus vidas: mas el aun escuchallo no quilo. Quando la gente se vio sin esperança de sus vidas, començo de nuevo a llorarlos. Llorauã los los padres que los engēdraron, y las madres que los parieron, llorauan los las de mas a quien seruian, y los caualleros con quien se acompañauian. Y toda la gente comun alçaua vn tan grande y continuo alarido, como si la ciudad le entrara de enemigos: de manera que si a precio de lagrymas le huuiera de comprar sus vidas, no murieran los Abencerrajes tan milerablemente. Vees aqui en lo que acabo tan esclarecido linage, y tan principales Caualleros como en el

auia: considera quãto tarda la fortuna en subir vn hõbre y quã presto le derriba. Quãto tarda en crescer vn arbol, y quan presto va al fuego. Con quanta dificultad se edifica vna casa, y con quanta breuedad se quema. Quãtos podrian escarmentar en las cabeças de estos desdichados: pues tan sin culpa padecieron con publico pregon, siendo tantos y tales y estando en el fauor del mismo rey, sus casas fueron derribadas, sus heredades enajenadas: y su nõbre dado en el reyno por traydor. Resulto deste infelice caso, que ningun: Abencerraje pudiesse viuir en Granada, taluo mi padre y vn tio mio que hallaron innocentes deste delicto: a condicion, que los hijos que les nasciesse embiasse a criar fuera de la ciudad: para que no boluiesse a ella, y las hijas casassen fuera del reyno.

Rodrigo de Naruaez, que estaua mirando con quanta palsion le contaua su desdicha, le dixo. Por cierto cauallero, vuestro

cuento es extraño, y la sin razón que a los Auencerrajes se hizo fue grãde, porque no es de creer que siendo ellos tales cometieffen trayciõ Es como yo lo digo, dixo el. Y aguardad mas y vereys como desde alli todos los bencerrajes de prẽdimos a ser desdichados.

Y O sali al mũdo del vientre de mi madre y por cumplir mi padre el mandamiento del Rey, embiome a Cartama al Alcayde que en ella estaua, con quien tenia estrecha amistad Este tenia vna hija, casi de mi edad, a quien amaua mas que a si: porque allende de ser sola y hermosissima, le costo la muger que murio de su parto. Esta, y yo, en nuestra niñez, siempre nos tuuimos por hermanos (porque a si nos oyamos llamar) Nunca me acuerdo auer passado hora q̄ no estuuiessemos juntos. Juntos nos criaron, juntos andauamos, juntos comiamos y beuiamos. Nacionos desta conformidad vn natural amor que fue siempre creciendo con nuestras he-

dades. Acuerdo me que entrando vna fiesta en la huerta, que dizen de los jazmines, la halle sentada junto a la fuente, componiendo su hermosa cabeza. Mire la vencido de su hermosura, y pareció me a Salmacis: y dixé entre mi. O quien fuera Trocho para parecer ante esta hermosa diosa. No se como me peso de que fuese mi hermana: y no aguardando mas fuy me a ella: y quando me vio, con los brazos abiertos me salio a recibir, y sentando me junto a si, me dixo. Hermano, como me dexastes tanto tiempo solá? Yo la respondi, Señora mia: porque ha gran rato que os busco, y nunca halle quien me dixesse do estauades, hasta que micoraçon me lo dixo. Mas dezid me aora, que certinidad teneys vos de q̄ seamos hermanos? Yo, dixo ella, no otra, mas del grande amor que te tengo, y ver que todos nos llaman hermanos. Y sino lo fueramos, dixé yo, quisieras me tãto? No ves, dixo ella, que a no ser lo,

no nos dexara mi padre andar siépre juntos y solos. Pues si esse bien me auian de quitar, dixé yo, mas quiero el mal que tengo. Entóces ella encendiédo su hermoso rostro en color, me dixo. Y que pierdes tu en que seamos hermanos? Pierdo a mi y a vos, dixé yo. Yo no te entiendo, dixo ella, mas a mi me parece que solo ser lo, nos obliga a amar nos naturalmēte. A mi, sola vuestra hermosura me obliga, que antes essa hermãdad parece que me resfria algunas vezes. Y con esto baxãdo mis ojos, de empacho de lo que le dixé, vi la en las aguas dela fuente al proprio como ella era: de fuerte q̄ dōde quiera q̄ boluia la cabeça hallaua su imagē, y en mis entrañas la mas verdadera. Y dezia me yo a mi mismo (y pe sarame q̄ alguno me lo oyera) Si yo me anegasse aora en esta fuerte, donde veo a mi señora, quãto mas delculpado moriria yo q̄ Narciso! Y si ella me amasse como yo la amo, q̄ dicho seria yo! Y si la fortuna nos pmitiessa

viuir siempre juntos, que sabrosa vida seria la mia. Diciendo esto leuanteme, y boluendo las manos a vnos jazmines, de quela fuente estaua rodeada, mezclandolos cõ arrayan hize vna hermosa guirnalda, y poniendo la sobre mi cabeça me bolui a ella coronado y vencido. Ella puso los ojos en mi (a mi parecer) mas dulcemente que lolia, y quitando mela, la puso sobre su cabeça. Paresciome en aquel punto mas hermosa que Venus, quando salio al juyzio dela mançana, y boluiendo el rostro a mi, me dixo. Que te parece a ora de mi Abindarraez? Yo la dixi Paresceme que acabays de vencer el mundo, y que os coronan por reyna y señora del. Leuantandose me tomo por la mano, y me dixo. Si esso fuera hermano no perdierades vos nada. Yo sin la responder la segui hasta que salimos de la huerta Esta engañosa vida traximos mucho tiempo, hasta que ya el amor por vëgar se de nos otros nos descubrio la cautela, que

como fuymos creciendo en edad ambos acabamos de entēder q̄ no eramos hermanos. Ella no se lo q̄ sintio al principio de saberlo: mas yo nūca mayor cōtentamiēto recebi aū que despues aca lo he pagado bien. En el mismo punto que fuymos certificados desto, aquel amor limpio y sano que nos teniamos, se començo a dañar y se conuertio en vnara uiosa enfermedad, que nos durara hasta la muerte. Aqui no huuo primeros mouimien- tos que escusar, porque el principio destes amores fue vn gusto y deleyte fundado sobre bien: mas despues no vino el mal por principios, si no de golpe y todo junto, ya yo tenia mi contentamiēto puesto en ella, y mi alma hecha a medida de la suya. Todo lo que no via en ella me parecia feo escusado y sin pro- uecho en el mundo. Todo mi pensamiento hera en ella. Ya en este tiempo nuestros pasa- tiempos heran diferentes, ya yo la miraua con recelo de ser sentido, y a tenia inuidia del

sol que la tocaua. Su presencia me lastimaua la vida, y su ausencia me enflaquecia el coraçon. Y de todo esto creo que no me deuia nada: porque me pagaua en la misma moneda. Quiso la fortuna, embidiosa de nuestra dulce vida, quitar nos este contentamiento, en la manera que oyras.

EL Rey de Granada, por mejorar en cargo al alcayde de Cartama, embiole a mandar, q̄ luego dexasse aquella fuerça, y se fuese a Coyn (q̄ es aquel lugar frontero del vuestro) y que me dexasse a mi en Cartama en poder del alcayde que a ella viniessse. Sabida esta defaestrada nueva por mi señora y por mi, juzgad vos (si algun tiempo fuystes enamorado) lo q̄ podriamos sentir. Iútamonos en vn lugar secreto a llorar nuestro apartamiento. Y o la llamaua, señora mia, alma mia, solo bien mio (y otros dulces nombres que el amor me enseñaua.) Apartando se vuestra hermosura d' mi, terneys alguna vez memo

ria deste vuestro captiuo? Aquilas lagrymas
y sospiros atajauã las palabras. Yo esfuerçan-
do me para dezir mas, malparia algunas ra-
zones turbadas de q̃ no me acuerdo: porque
mi señora lleuo mi memoria consigo. Pues
quien os contasse las lastimas que ella hazia
(aun q̃ a mi siẽpre me pareciã pocas) Dezia
me mil dulces palabras, q̃ hasta aora me sue-
nan en las orejas: y al fin porq̃ no nos sintief-
sen, despedimonos con muchas lagrymas y
solloços, dexãdo cada vno al otro por prẽda
vn abraçado, cõ vn sospiro arrãcado delas en-
trañas. Y porq̃ ella me vio en tãta necessidad
y cõ señales d' muerto me dixo. Abindarraez
a mi se me sale el alma en apartar me de ti: y
porque siẽto de ti lo mismo, yo quiero ser tu
ya hasta la muerte, tuyo es mi coraçon, tuya
es mi vida, mi honra, y mi haziẽda: y en testi-
monio desto llegada a Coyn, dõde aora voy
cõ mi padre, en teniẽdo lugar de hablarte, o
por ausẽcia, o indisposiciõ luya (q̃ ya desseo)

yo te auisare. Y ras donde yo estuuiere, y alli yo te dare lo que solamēte lleuo cōmigo, de bajo de nombre de espofo, quede otra fuerte ni tu lealtad, ni mi ser lo consentirian, que todo lo demas muchos dias ha que es tuyo. Cō esta promessa mi coraçō se sossego algo y besela las manos por la merced que me prometia. Ellos se partieron otro dia, yo quede como quien caminando por vnas fragolas y asperas mōtañas, se le eclypsa el sol. Comence a sentir su ausencia asperamente buscādo fallos remedios contra ella Miraua las ventanas do se solia poner, las aguas do se vañaua, la camara en que dormia, el jardin do reposaua la siesta Andaua todas sus estaciones y en todas ellas hallaua representaciō de mi fatiga Verdades, que la esperançā que me dio de llamarme, me sostenia: y con ella engañaua parte de mis trabajos, aunque algunas vezes de verla alargar tanto me causaua mayor pena, y holgara que me dexara del todo

deses

desesperado: porq̄ la desesperaciõ fatiga hasta que se tiene por cierta, y la esperãça hasta que se cūple el desseo. Quiso mi vëtura, que esta mañana mi señora me cumplio su palabra, embiando me a llamar con vna criada suya, de quien se fiaua: porq̄ su padre era partido para Granada, llamado del rey para boluer luego. Yo resuscitado cõ esta buena nueva apercebi me: y dexãdo venir la noche por salir mas secreto, puse me en el habito q̄ me encontrastes, por mostrar a mi señora el alegria de mi coraçon: y por cierto no creyera yo que bastaran cient caualleros juntos a tener me cãpo, porq̄ traya mi señora conmigo, y si tu me venciste, no fue por esfuerço (q̄ no es posible) sino porq̄ mi corta suerte, o la determinaciõ del cielo, quisieron atajarme tãto bien. Asì, que, considera tu aora, en el fin de mis palabras, el biẽ que perdi, y el mal que tẽgo. Yo yua de Cartama a Coyn breue jornada (aunque el desseo la alargaua mucho)

el mas hufano Abencerraje que nũca se vio, yua a llamado de mi señora, a ver a mi señora, a gozar de mi señora, y a casar me con mi señora. Veo me aora herido, captiuo, y vencido: y lo que mas siento que el termino y coyuntura de mi bien se acaba esta noche. Dexa me pues Christiano consolar entre mis sospiros, y no los juzgues a flaqza: pues lo fuera muy mayor tener animo para sufrir tan riguroso trance.

Rodrigo de Narvaez quedo espantado y apiadado del extraño acontecimiento del moro: y paresciendole que para su negocio, ningũa cosa le podria dañar mas que la dilacion, le dixo. Abindarraez, quiero que veas que puede mas mi virtud, que tu ruyn fortuna. Si tu me prometes como cauallero de boluer a mi prisiõ dentro de tercero dia, yo te dare libertad para que figas tu camino: porque me pesaria de atajarte tan buena empresa. El moro quando lo oyo, le qui-

so de contento echar a sus pies, y le dixo. Rodrigo de Naruaez, si vos esso hazeys, aureys hecho la mayor gentileza de coraçõ, q̃ nunca hombre hizo, y a mi me dareys la vida. Y para lo que pedis, tomad de mi la seguridad que quisiere des, que yo lo cumplire. El Alcayde llamo a sus escuderos, y les dixo. Señores fiad de mi este prisionero, que yo salgo fiador de su rescate. Ellos dixeron que ordenasse a su voluntad. Y tomando la mano derecha entre las dos suyas al moro, le dixo. Vos prometeyis me como Cauallero de boluer a mi castillo de Alora a ser mi prisionero dẽtro de tercero dia? Elle dixo. Si prometo. Pues yd cõ la buena ventura, y si para ṽro negocio teneys necesidad de mi persona, o de otra cosa alguna, tãbien se hara. Y diziẽdo que se lo agradescia, se fue camino de Coyne a mucha priessa. Rodrigo de Naruaez y sus escuderos se boluieron a Alora, hablando en la valentia y buena manera de el Moro.

Y con la priessa que el Abencerraje lleuaua, no tardo mucho en llegar a Coyn, yendo se derecho a la fortaleza, como le era mandado, no paro hasta que hallo vna puerta que en ella auia: y deteniendo se alli, començo a reconocer el campo, por ver si auia algo de que guardar se, y viendo que estaua todo seguro, toco en ella con el cuento de la lança, que esta era la señal que le auia dado la dueña. Luego ella misma le abrio, y le dixo En q̄ os aueis detenido señor mio? que vuestra tardança nos ha puesto en gran cōfusión. Mi señora ha rato q̄ os espera: apeaos y subireys donde esta. El se apeo, y puño su cauallo en vn lugar secreto, que alli hallo. Y dexado lança con su darga y cimitarra, lleuando le la dueña por la mano, lo mas pallo q̄ pudo, por no ser tentido de la gente del castillo, subio por vna escalera, hasta llegar al aposento d'la hermosa Xarifa (que así se llamaua la dama.) Ella que ya auia íentido su venida, con los

braços abiertos le salio a rescebir. Ambos se abraçaron, sin hablarle palabra, del sobrado contentamiento. Y la dama le dixo. En que os aueys detenido, señor mio? q̄ vuestra tardança me ha puesto en grã congoxa y sobre-salto. Mi señora, dixo el, vos sabeys bien que por mi negligencia no aura sido: mas no liepre succedē las cosas como los hombres des-lean. Ella le tomo por la mano, y le metio en vna camara secreta. Y sentando se lo bre vna cama que en ella auia, le dixo. He querido Abindarraez, que veays en q̄ manera cum- plen las captiuas de amor sus palabras: por q̄ desde el dia que os la di por prenda de mi co-raçon, he buscado aparejos para quitaros la. Yo os mande venir a este mi castillo a ser mi prisionero, como yo lo soy v̄ra, y hazeros se- ñor de mi persona, y de la hazienda de mi pa-dre, de baxo de nōbre de esposo, aunq̄ esto, se-gun entiēdo, sera muy cōtra su volūrad, q̄ co-mo no tiene rāto conosciēto de v̄ro valor

y experiēcia d'vra virtud como yo q'fiera dar
me marido mas rico: mas yo, vra plona y mi
cōtētamiēto tēgo por la mayor riqueza del
mūdo. Y diziēdo esto baxo la cabeça, mostrá
do vn cierto empacho d'auer se descubierta
tāto. El moro la tomo entre sus braços, y be
fando la muchas vezes las manos por la mer
ced q'le hazia, la dixo. Señora mia, en pago d'
tāto biē como me aueys ofrescido, no tēgo q'
daros q' no lea vro, sino sola esta prenda, en se
ñal q' os rescibo por mi señora y esposa. Y lla
mādo ala dueña se desposarō. Y siēdo despo
sados se acostarō en su cama, donde cō la nue
ua experiēcia encendierō mas el fuego de sus
coraçōes. En esta cōquista passarō muy amo
rosas obras y palabras, q' son mas pa cōtēpla
cion, q' pa escriptura. Tras esto al moro vino
vn p'fundo pēlamiēto, y dexādo llevarse del
dio vn grā sospiro. La dama no pudiendo su
frir tā grāde ofēsa d' su hermosura y volūdad
cō grā fuerça de amor le boluio a si, y le dixo.
Ques esto Abindarraez? parece q' te has en

cris tecido cō mi alegría: y o te oyo sospirar re-
boluiēdo el cuerpo a todas partes: pues si yo
foy todo tu biē y cōtētamiēto, como me dizi-
às por quien sospiras? y si no lo foy, porq̄ me
engañaste? si has allado algũa falta en mi p̄so-
na, pō los ojos en mi volūtad, q̄ basta p̄a encu-
brir muchas: y si sirues otra dama dime quiē
es p̄a q̄ la sirua yo: y si tienes otro dolor secre-
to de q̄ yo no foy ofēdida, dime lo, q̄ o yo mo-
rire, o te librare del. El Abēcerraje corrido d̄
lo q̄ auia hecho, y paresciēdole q̄ no declarar-
se, era ocasiō d' grā sospecha, cō vn apalsiona-
do sospiro la dixo. Señora mia si yo no os qui-
siera mas q̄ a mi, no huuiera hecho este senti-
miēto: porq̄ el pesar q̄ conmigo traya, sufriale
cō buen ánimo, quādo yua por mi solo: mas
aora q̄ me obliga a apartarme d' vos' no tēgo
fuerças p̄a sufrirle, y así entēdereys q̄ mis lo-
spiros se causan mas de sobra de lealtad q̄ de
falta della. Y porque no esteys mas suspen-
sa sin saber de que, quiero deziros lo que passa.

Luego le conto todo lo que auia sucedido:
y al cabo la dixo. De suerte señora que vuestro captiuo lo es tambiẽ del alcayde de Alora, yo no siento la pena de la prision, que vos enseñastes mi coraçon a sufrir: mas viuir sin vos, tendria por la misma muerte. La dama con buẽ semblante, le dixo. No te congoxes Abindarraez, q̃ yo tomo el remedio de tu rescate a mi cargo: por q̃ a mi me cūple mas. Yo digo asì, q̃ qualquier cauallero q̃ diere la palabra de boluer ala prisiõ, cūplira cõ embiar el rescate q̃ se le puede pedir: y pa esto ponedle vos mismo el nõbre q̃ quisierdes, q̃ yo tengo las llaues de las riq̃zas de mi padre, yo os las porne en ṽro poder, embiad de todo ello lo q̃ os pareciere. Rodrigo d' naruaez es buẽ cauallero, y os dio vna vez libertad, y le fiastes este negocio, que le obliga aora a vsar de mayor virtud: yo creo q̃ se cõtẽtara cõ esto, pues teniendo os en su poder ha de hazerlo mismo. El Abẽcrrajela respõdio: biẽ parece

señora mia que lo mucho que me quereys
nos dexa que me aconsejeys bien por cierto
no cayre yo en tan gran yerro porque si quã
do venia a uer me con vos que yua por mi so
lo estaua obligado a cumplir mi palabra, a
ora que soy vuestro se me a doblado la obliga
cion. Yo boluere a Alora y me porne en las
manos del Alcayde della y trahazer yo lo q
deuo, haga el lo q quisiere, Pues nũca Dios
quiera dixo Xarifa, que yẽdo vos a ser preso
quede yo libre, pues no lo soy, yo quiero a
compañaros en esta jornada que ni el amor
que os tengo, ni el miedo que he cobrado a
mi padre de auerle offendido me consentirá
hazer otra cosa. El moro llorando de contẽ
tamiento la abraço y le dixo siempre vays se
ñora mia acrescentandome las mercedes ha
ga fe lo que vos quisierdes que asì lo quiero
yo y con este acuerdo aparejando lo necessa
rio. Otro dia de mañana se partieron lleuan
do la Dama el rostro cubierto por no ser co

no seida. Pues yendo por su camino adelante hablando en diuersas cosas, toparon vn hombre viejo: la dama le pregunto donde yua. Ella dixo. Voy a Alora a negocios q̄ tengo con el alcayde della, q̄ es el mas honrado y virtuoso cauallero que yo jamas vi. Xarifa se holgo mucho de oyr esto, paresciendo le que pue todos hallauan tanta virtud en este cauallero, que tambien la hallarian ellos que tan necessitados estauan della. Y boluiendo al caminaete, le dixo. De zid hermano, sabeys vos d'esse cauallero alguna cosa q̄ aya hecho notable? Muchas se, dixo el, mas contaros he vna por donde entēdereys todas las de mas. Este cauallero fue primero alcayde de Antequera, y alli anduuo mucho tiempo enamorado de vna dama muy hermosa, en cuyo ser uicio hizo mil gentilezas, que son largas de contar: y aunque ella conolcia el valor deste cauallero amaua a su marido tanto, que hazia poco caso del. Acontefcio asy, que vn dia

de verano acabando de cenar, ella y su marido se baxaron a vna huerta que tenia dentro de casa: y el lleuaua vn gauilan en la mano, y lançando le a vnos paxaros, ellos huyeron, y fueron se a focorrer a vna çarça. y el gauilan como astuto, tirando el cuerpo a fuera, metio la mano, y sacó y mató muchos dellos. El cauallero le cebo, y boluio ala dama, y la dixo, Que os parece señora del astucia cõ que el gauilan encerro los paxaros, y los mató? pues hago os saber, que quãdo el alcayde de Alora escaramuça con los moros, assi los sigue, y assi los mata. Ella fingiendo no le conocer, le pregunto quien era. Es el mas valiente y virtuoso cauallero, que yo hasta oy vi. Y començo a hablar del muy altamente, tanto que ala dama le vino vn cierto arrepentimiento, y dixo. Pues como! los hombres estan enamorados de este Cauallero, y que no lo este yo de el, estando lo el de mi! Por cierto yo estare bien disculpada de lo

que por el hiziere pues mi marido me ha informado de su derecho, otro dia adelante se ofrecio que el marido fue fuera de la ciudad y no pudiendo la dama sufrirse en si embiole a llamar con vna criada suya. Rodrigo de Narvaez estuu en poco de tornar se loco de plazer aũ que no dio credito a ello acordando se le de la aspereza que siempre le auia inostrado. Mas con todo esso a la hora concertada muy a recado fue a ver la Dama que le estaua esperãdo en vn lugar secreto y alli ella echo de ver el yerro que auia hecho y la verguença que passaua en requerir a q̃l de quien tanto tiempo auia sido requerida pensaua tambien en la fama que descubre todas las cosas temia la inconstãcia de los hombres y la offensa del marido y todos estos inconuenientes (como suelen) aprouecharõ de vencerla mas, y passando por todos ellos le rescibio dulcemente y le metio en su camara donde passarõ muy dulzes palabras, y en


fin dellas le dixo. Señor Rodrigo de Nar-
uaez, yo soy vuestra de aqui adelante fin que
en mi poder quede cosa que no lo sea, y esto
no lo agradezcays a mi que todas vuestras
pafsiones y diligencias falsas, o verdaderas,
os aprouechará poco conmigo, mas agrade-
celdo a mi marido que tales cosas me dixo d'
vos que me han puesto en el estado que aora
estoy. Tras esto le cōto quãto consu marido
auia passado y alcabo le dixo y cierto señor
vos deueys a mi marido mas que el a vos: Pu-
dieron tanto estas palabras con Rodrigo de
Naruaez que le causaron confusion y arre-
pentimiento del mal que hazia a quien del
dezia tantos bienes y apartãndose a fuera, di-
xo. Por cierto señora yo os quiero mucho y
os q̄rre de aqui adelante mas nũca Dios quie-
ra que a hombre que tan afficionadamente
ha hablado en mi haga yo tã cruel daño. An-
tes de oy mas he de procurar la honra de vue-
stro marido como la mia p̄pria pues en nin

gunacosa le puedo pagar mejor el bien que
de mi dixo. Y sin aguardar mas, se boluio por
dōde auia venido. La dama deuio de quedar
burlada: y cierto (señores) el cauallero, a mi
parecer vfo de grã virtud y valétia, pues ven
ció su misma volúta d. El Abēcerra je y su da
ma q̄darō admirados del cuēto: y alabādo le
mucho, el dixo, q̄ nūca mayor virtud auia vi
sto d' hōbre. Ella respōdio, Por dios señor yo
no quifiera ser uido r tã virtuoso: mas el deuia
estar poco enamorado, pues tã presto se salio
a fuera: y pudo mas cō el la hōra del marido
q̄ la hermosura d' la muger. Y sobre esto dixo
otras muy graciosas palabras. Luego llegarō
ala fortaleza: y llamādo ala puerta, fue abier
ta por las guardas, q̄ ya teniã noticia d' lo pas
sado. Y yendo vn hōbre corriēdo a llamar al
alcayde le dixo. Señor en el castillo esta el mo
ro q̄ vēciste, y trae cōsigo vna gentil dama. Al
alcayde le dio el coraçō lo q̄ podía ser: y baxo
abaxo. El Abencerra je tomado su esposa de

la mano, se fue a el, y le dixo. Rodrigo d Nar
naez, mira si te cūplo bien mi palabra, pues
te prometí de traer vn preso, y te trayo dos,
que el vno basta para vencer otros muchos.
Ves aqui mi señora, juzga si he padescido
co justa causa. Recibenos por tuyos, q̄ yo fio
mi señora y mi honra de ti. Rodrigo de Nar
uaez holgo mucho de ver los, y dixo a la da
ma. Yo no se qual de vos otros deue mas al o
tro: mas yo deuo mucho a los dos. Entrad y
reposareys en esta v̄ra casa: y tenel da de aqui
adelante por tal, pues lo es su dueño. Y cō esto
se fuerō a vn aposento q̄ les estaua aparejado
y de ay a poco comierō: por q̄ venia cãfados
del camino. Y el alca y de p̄gũto al Ab̄cer
raje. Señor q̄ tal venis de las heridas? Parese
me señor que con el camino las trayo enco
nadas, y con algũ dolor. La hermola Xarifa
muy alterada, dixo. Que es esto señor, heri
das teneys vos de q̄ yo no sepa? Señora, quiẽ
escapo de las vuestras, en poco terna otras:

verdad es que dela escaramuça dela otra noche saque dos peññas heridas, y el camino y no auerme curado me auran hecho algũ daño, Biẽ sera dixo el Alcayde, q̃ os acostey y verna vn çurujano que ay en el castillo, Luego la hermosa Xarifa le comẽço a desnudar con grande alteracion y viniẽdo el maestro y viendole, dixo que no hera nada, y con vn vnguento q̃ le puso le quito el dolor y de ay a tres dias estuuofano. Vn dia acaescio que acabãdo de comer el Auencerraje dixo estas palabras. Rodrigo de Naruaez segũ eres discreto en la manera de nuestra venida entenderas lo demas, yo tengo esperança que este negocio q̃ esta tã dañado se ha de remediar por tus manos: està dueña es la hermosa Xarifa de quiẽ te huue dicho es mi seõora y mi esposa no quiso quedar en coyn, de miedo d'auer offendido a su padre toda via se teme deste caso, biẽ se q̃ por tu virtud te ama el Rey, aunque eres Christiano, suplicote alcances

del q̄ nos perdone su padre, por auer hecho esto sin que el lo supiesse, pues la fortuna lo traxo por este camino. El Alcayde les dixo, Consolaos, que yo os prometo de hazer en ello quanto pudiere. Y romando tinta y papel, escriuio vna carta al Rey, que dezia asì.

 Carta de Rodrigo de Narvaez Alcayde de Alora, para el Rey de Granada.




Vy alto y muy poderoso rey de Granada Rodrigo d'Narvaez alcayde de Alora tu seruidor, beso tus reales manos: y digo asì, Que el Abencerraje Abindarraez el moço, q̄ nascio en Granada, y se crio en Cartama en poder de el Alcayde de ella, se enamoro de la hermosa Xarifa su hija. Despues tu por hazer merced al alcayde, le

passaste a coyn. Los enamorados por assegu-
rarse, se desposarõ entre si. Y llamado el por
aulencia del padre, que cõtigo tienes, y endo
a su fortaleza, yo le encuentre en el camino, y
en cierta escaramuça que cõ el tuue, en que
le mostro muy valiẽte, le gane por mi prisiõ-
nero. Y contãdo me su caso, apiadãdo me del
le hize libre por dos dias: el se fue a ver con su
esposa, de suerte q̃ en la jornada perdio la li-
bertad, y gano el amiga. Viẽdo ella q̃ el Abẽ-
cerraje boluia a mi prisiõ se vino cõ el: y assi
estã aora los dos en mi poder. Suplico te que
no te ofenda el nõbre de Abẽcerraje, q̃ yo se
q̃ este y su padre fuerõ sin culpa en la cõjura-
ciõ q̃ cõtra tu real p̃sona se hizo: y en testimo-
nio dello viuẽ. Suplico a tu real alteza, q̃ el re-
medio destes tristes se reparta entre ti y mi.
Yo les p̃donare el rescate, y les soltare gracio-
samẽte: solo haras tu q̃ el padre della los p̃do-
ne y resciba en su gracia. Y en esto cõpliras cõ
tu grãdeza, y haras lo q̃ de ella siẽpre espere.

E Scripta la carta, despacho vn escudero con ella, que llegado ante el rey, se la dio: el qual sabiendo cuya era, se holgo mucho, que a este solo Christiano amaua por su virtud y buenas maneras. Y como la leyo, boluio el rostro al alcayde de Coyn, q̄ alli estaua y llamandole a parte, le dixo. Lee esta carta, que es del alcayde de Alora. Y leyendo la, recibio gr̄de alteracion. El rey le dixo. Noté cōgoxes, aunque tengas porque, sabe te que ninguna cosa me pedira el alcayde de Alora que yo no lo haga. Y así te m̄do que vayas luego a Alora y te veas cō el, y perdones tus hijos, y los lleues a tu casa, q̄ en pago deste seruicio a ellos y a ti hare siempre merced. El moro lo sintio en el alma: mas viendo que no podia passar el mandamiento de el Rey, boluio de buen cōtiente, y dixo, que así lo haria como su alteza lo m̄daua. Y luego se partio a Alora donde ya sabian del escudero todo lo que auia passado, y fue de todos

rescebido con mucho regozijo y alegria El Abencerraje y su hija parecieron ante el cōharta verguença, y le besaron las manos. Ellos los rescibio muy bien, y les dixo. No se trate aqui de cosa passada, yo os perdono auerōs casado sin mi volūtad, que en lo de mas, vos hija escogistes mejor marido, que yo os pudiera dar. El alcayde de todos aquellos dias les hazia muchas fiestas: y vna noche acabando de cenaren vn jardin, les dixo. Yo tengo en tanto auer sido parte para que este negocio aya venido a tan buen estado, que ninguna cola me pudiera hazer mas contēto: y asi digo, que sola la honra de aueros tenido por mis prisioneros quiero por rescate de la prision. De oy mas vos señor Abindarraez soys libre de mi para hazer de vos lo que quisierdes Ellos le besarō las manos por la merced y bien que les hazia: y otro dia por la mañana partieron de la fortaleza, acompañando los el Alcayde parte del camino. Estando ya

en Coyn gozando sossegada y seguramente el bien que tanto auia deseado. El padre les dixo Hijos aora que con mi voluntad soys señores de mi hazienda, es justo que mostreys al agradescimiento que a Rodrigo de Narvaez se deue, por la buena obra que os hizo: que no por auer vlado con vosotros de tanta gẽtileza ha de perder su rescate, antes le mereisce muy mayor. Yo os quiero dar seys mil doblas zaenes, embiad se las, y tenel de aqui adelante por amigo, aunque las leyes sean diferentes. Abindarraez le beso las manos y tomando las con quatro muy hermosos cauallos y quatro lanças con los hierros y cuentos de oro, y otras quatro dargas, las embio al alcayde de Alora, y le escriuio asì.

 Carta del Abencerraje Abindarraez, al Alcayde de Alora.

Sipienfas Rodrigo de Narvaez, que con darme libertad en tu castillo, para venir

me al mio, me dexaste libre: engañaste, que quando libertaste mi cuerpo, prédiste mi coraçon (las buenas obras, prisiones son de los nobles coraçonés.) Y si tu por alcançar honra y fama acostumbras hazer bien a los que podrias destruyr: yo por parecer a aquellos donde vengo, y no degenerar de la alta sangre de los Abencerrajes, antes coger y meter en mis venas toda la q̄ dellos se vertio, estoy obligado a agradecerlo, y seruirlo. Releuiste de esse breue presente la volūtad de quiē le embia, que es muy grande y de mi Xarifa: otra tan limpia y leal, que me contento yo de ella. El alcayde tuuo en mucho la graudeza y curiosidad del presente: y recibiendo de los caualllos, y lanças, y dargas, el criouio a Xarifa ası.

**✂ Carta de el Alcayde de
Alora, a la hermosa
Xarifa.**



Ermosa Xarifa. No ha querido Abindarraez dexar me gozar de el verdadero triumpho de su prision, que consiste en perdonar y hazer bien: y como a mi en esta tierra nunca se me ofrecio empresa tan generosa, ni tan digna de Capitan Español, quisiera gozarla toda y labrar della vna estatua para mi posteridad y descendencia. Los cauallos y armas rescibo yo para ayudarle a defender de sus enemigos. Y si en embiarme el oro se mostro cauallero generoso, en rescibirlo yo pareciera cobdicioso mercader: yo os siruo con ello en pago de la merced que me hezistes en seruiros de mi en mi castillo. Y tambien señora yo no acostumbro robar damas, sino seruir las, y hōrar las. Y con esto les boluio a embiarlas doblas. Xarifa las rescibio, y dixo. Quien pensare vencer a Rodrigo de Naruaez, de armas, y cortesia, pensara mal.

DE esta manera quedaron los vnos de los
otros muy saristechos y contentos, y
trauados con tan estrecha amistad,
que les duro toda la
vida.

Impresso en la noble
villa de Medina del Campo,
por Francilco del
Canto.

Año. M. D. LXV.